

DEL FRAGOR INAUDITO

I

Como si cuatro muros de sangre te negaran,
como si manos deshicieran tu rostro día a día,
como si las piernas desandaran el camino recorrido,
y las puertas forzadas se entreabrieran después
sin penetrar jamás en las salas oscuras
donde la muerte caza mariposas de sal con fina red de plata,
como si las escaleras descendieran al subir
y ascendieran bajando
como si la noche no encerrara la promesa del día
y el día tuviera el sol apenas como un dibujo en el cielo
y las estaciones repitieran sin sentido
las flores y los deshielos,
las nieves y las lluvias propicias,
como si viviéramos siempre detrás de nosotros
agitando delante un fantasma insistente,
oh, separado de todo
encerrado en un libro, en un fanal manchado,
¿cómo podré esperarte, cómo podré
sabiendo que llegarás retrocediendo?

II

Sorda es la noche
donde llegué para buscarte,
como una extraña floración abierta
en el profuso desierto
de la vigilia.
Es sorda, incalculable y extraviada.
Pero es inútil que el silencio
grave la ausencia en mis oídos
porque estoy lleno de lo que amo
y permanece, música deshojada,
dentro de mí.
Alguien se muere hasta que llegas tú.
Tal vez yo mismo

investigando la miseria
de un recóndito alumbramiento,
de una certeza hiriente.

III

¿Y si acaso se quebraran todos los cristales
donde sueño aprisionarte y vencer el elástico viento
y descender entre hojas nuevas por una avenida cerrada,
por un cáliz de sombras rugosas
donde el perfume del hastío envuelve las visiones que prefiero,
si acaso yo pudiera
enfurecer el aire por tu nombre
y en torno de tu cuerpo encender las hogueras,
y rodearte de luz clarísima,
de toda la luz pura,
de la luz insistente,
erigirte como un árbol lleno de sueños,
o como una bandera llena de gloria inconquistada
hacerte flamear en los grises combates
entre la sangre oscura de las separaciones
que tiñen dulcemente, dulcemente
la tierra donde muero
oculto bajo el musgo del adiós?

GUILLERMO WHITELOW